

Carmen de Alonso

## La espera



L dorso de los muros trocábase bajo la nieve en filón de resplandores.

Alguna que otra rezagada hoja escarlata, tenía, semiprendida a la rama ya desnuda, vibraciones de alas de mariposas.

Erase una tarde alba, con luz de pedrerías, donde cada pedruzco irradiaba como luciérnaga dormida. Las ramas de los árboles florecíanse de hostias, y en los verdes festones que llenaban de frescura los bordes de la calle, erguíanse ríguidos, como claras hilazas de luna, los tallos menudos del trébol.

Subido el cuello del gabán y bajo la negra ala del sombrero, detúvose el hombre hacia la tercera cuadra de la avenida.

Su mano yerta, amoratada, retiró del bolsillo de su amplio impermeable, el recorte disparejo de un diario. Sus ojos agudizáronse al través de los agujones de la nieve, persiguiendo las cifras colocadas hacia un lado de la puerta a cuyo frente habíase detenido. Los números apenas perfilaban sus contornos, brillantes de reflejos.

¡3-4-1! Al fin, ya era tiempo, pues que arreciaba un frío seco de alturas, un frío tajante de penachos cordilleranos.

Oprimió el hombre el timbre, y como si alguien hubiera estado alerta, aguardándole, abrióse de inmediato la mampara e iluminóse al mismo tiempo el «hall».

Dos pupilas claras devoraron ansiosas su rostro y luego, casi decepcionados, unos labios finos se entreabrieron para indagar:

—¿Qué se le ofrecía al señor?

—Venía por el aviso...

—¡Ah! Tenga la bondad de pasar.

Desde adentro llegó una voz que preguntaba:

—¿Quién es, Frida?

Sonrieron desencantados, los labios al responder:

—No era él, mamá. Ven, es por lo del aviso.

Una mujer blanca, muy rubia, de ojos claros, cual los de la muchacha, avanzó con su paso blando, dulce, hacia el desconocido.

—¿Usted venía por la pieza? Fíjese que no hace una hora que la arrendamos.

—¿Arrendada?—exclamó el hombre, cogido a su vez de un vago desaliento.

—Verdaderamente que lo siento. Con esta nevazón y perder el viaje.

Pero el hombre no parecía darse por vencido. Le aterraba la idea de seguir ambulando tras un cuarto sin dueño. Hacíasele penoso el retorno al ambiente rígido, hostil de la calle.

La mujer pareció captar la onda de inquietudes del desconocido, pues subrayado con cierta dulzura, añadió:

—Y lo peor es que no tengo ninguna otra. Aquí vive un matrimonio alemán... allá, una viuda con su hija...

Con gesto humilde de agradecido, seguía el hombre a las dos mujeres. Aun sin mirarlas, adivinaba los ojos claros de la muchacha, en dulce y furtiva fijeza, posados sobre él.

¡Qué hubiera dado por prolongar indefinidamente su permanencia en aquella casa!

Desfilaban las puertas esmaltadas de blanco, con visillos claros.

—Aquí hay dos jóvenes universitarios, seguía explicando la madre, y aquí...

Detúvose la voz, decantando su incertidumbre. La niña de los ojos claros, apoyóse en la puerta del cuarto como interponiéndose entre el visitante y lo que quedaba aprisionado tras el muro.

—Aquí—continuó la voz—por el momento no vive nadie; pero también esta pieza está arrendada, aunque mejor dicho, no está arrendada, pero tampoco puedo disponer de ella. De un momento a otro puede llegar su dueño, y muy justo es que encuentre la pieza tal como él la dejó.

Por sus dedos resbaló un llavero. Hubo el tintineo peculiar de la llave al volverse en la cerradura y luego el girar de la puerta suave, muy suavemente.

Era un cuarto amplio y fresco cuyas ventanas acaparábanse la luz de la avenida.

Una cama entreabierta y junto a ella, unas babuchas oscuras detenidas en el mismo ángulo que tal vez su dueño les imprimía al andar. Sobre el velador, un vaso de agua y un libro con una hoja doblada a modo de índice. En el centro de la pieza, una mesa y en ella, un cenicero; una cajetilla ya abierta de cigarros y una garrafita de cobre con unos juncos.

Hacia un rincón, destacábase una silla, sobre cuyo respaldo se amoldaba un vestón con las mangas caídas, como brazos derrumbados por el desaliento. Encima de él, aguardaba el chaleco, en actitud menos desolada que aquél, puesto que no tenía dos brazos que subrayaran su inútil gesto de espera; sobre el asiento de la silla y prolijamente doblado, habíase sumado a los otros detalles, un par de pantalones.

Al abrirse la puerta, un calañés gris, colgando de un gancho niquelado, osciló levemente como para saludar al desconocido.

—Ya lo ve usted, dijo la mujer; aquí nada se ha movido de donde él lo dejó. Sólo mi hija viene cada día a quitar el polvo de las cosas y a cambiar las flores por otras más frescas.

Miró el visitante a la muchacha y advirtió sus párpados trémulos, sus labios finos porfiadamente sellados. Su indiferente actitud no podía cercar la credulidad del hombre; bajo esa certeza de inmutable, espejeaba sin duda alguna, un remanso de bravía ternura para

aquel hombre que, al igual a los que se internan en el mar, dejaba ahí sus ropas dobladas sobre la playa sin dueños de un cuarto de pensión, en espera de la ola que le trajera de nuevo, aligerado cuerpo y alma, junto a ellas.

El visitante, las manos embutidas dentro de los bolsillos, se ingeniaba en aflojar los nudos de esperanzas tejidos en torno a la figura gris del para él desconocido ocupante de aquel cuarto.

—¿Y hace muchos días que no viene?

—¿Días? No; hace quizás un año. ¿Verdad, Frida?

La niña encogióse de hombros y hurtó el rostro al contestar.

—No me acuerdo... Tal vez ha pasado más tiempo desde que él se fué.

Marcóse un paréntesis de silencio.

Afuera—ensordinadas, sigilosas—veíanse caer las menudas plumillas de la nieve. Los árboles de la calle, doblábanse bajo sus albos sayales como extenuados penitentes. Al fondo, la cordillera alzaba con majestad de templo, sus resplandecientes canteras de mármol.

Era un pensionista modelo, confienciaba ahora la mujer; muy cumplido, muy fino en su trato. Todos aquí le queríamos. El año pasado, le preparó a Frida su examen atrasado de francés. Jamás se quedó ni una noche afuera. Fué de los nuestros, quizás también si un año. Nunca supimos en que ganaba su vida, pero él religiosamente todos los primeros de cada mes, cancelá-

bame la pensión por anticipado. Escribía y leía mucho, pero mucho. Frida y la criada le sorprendieron siempre que aquí entraban, abismado sobre unos libros o unas cuartillas a medio llenar. Ese día último se levantó a la hora de costumbre y pasó al baño... Algunos le vieron cuando entró; nadie estaba presente cuando él salió, porque tuvo que salir... Cuando la empleada le trajo su desayuno, él ya había partido y desde entonces no ha vuelto... pero ya usted ve, nosotras lo esperamos, porque él vendrá, ¿no es cierto?

Por primera vez, los ojos de la niña se cruzaron en plenitud de dulzuras, con los del desconocido.

Parecía implorarle que no le arrebatase su fe, que no le enturbiara el prisma azul de su esperanza.

Comprendió el hombre...

Fuera tronchábanse las ramas que los árboles erguían en un desnudo gesto de clemencia. Dentro, el ambiente blando, tibio; invitaba a quedarse. La cama entreabierta prometía seductor descanso... El libro necesitaba una mano que volviera a abrirlo allí en la misma hoja doblada... El vaso de agua fresca, incitaba a que lo bebieran... y el manojo de juncos pedía también una caricia para unas manos blancas y además fragantes como otras dos flores.

Todo eso lo pedían de un hombre, pero ese hombre no era él, no.

Era aquel desconocido que con tan indeleble huella, había tatuado en fuego de ternuras personas y cosas en ese hogar que no era el suyo.

A él, visitante retardado, no le pedían nada los objetos del cuarto; sólo unos ojos claros de niña le suplicaban que no se quedase allí, porque el otro vendría; que se fuera como había venido, sin robarle el calorito de esa ilusión de la inútil espera.

Comprendió el hombre y optó por despedirse. Al fin de cuentas, la calle era un bien de todos y ese cuarto no, era para un solo ser que desde lejos—los ojos huraños y celosos—le hacían sentirse usurpador y extraño.

—Claro es que volverá— dijo finalmente.—¿Por qué no iría a volver? Ustedes lo esperan... Tenga fe... Se me ocurre que volverá.

La niña bajó los ojos, conturbada por el gozo.

Sin siquiera desceñir el más leve movimiento, el hombre sintió que las manitas de ella estrechaban las suyas y que de los otros labios caía, leve y apagado, un «gracias» furtivo.

Salieron del cuarto y cerróse la puerta tras ellos.

Pareció sentirse el golpe de una mano, cayendo sobre los vidrios, de la mampara.

El golpe de los cristales pulsó también el alma alerta de la muchacha. Corrió a abrir. De vuelta, venía con un gesto de vacío, con un no sé qué de horrible soledad.

—¿Quién golpeaba, Frida?—indagó otra vez la madre.

—No era nadie... Debió ser el viento...

Estrechó el desconocido las manos de las dos muje-

res y al salir dijo a la niña que—apoyada en una sonrisa—no se cansaba de aguardar.

—En estos días fríos, es cuando los hombres añoramos por un hogar. Tenga fe usted, señorita, y un día igual que éste; como una golondrina, arribará a este alero el hombre que usted espera...

Coloreáronse las doradas mejillas de la muchacha.

Salió el hombre. Volvió a adherírsele al cuerpo un manotazo de viento. Comenzaban a encenderse los focos de la avenida, y bajo sus engrosadas pestañas de nieve, parecía la luz más difusa, más triste.

Apretó el paso. Ibase, pisoteando la indiferente epidermis de la calle, en busca de otro alero...

Trás de él, tampoco había nada... El cuartito aquél era de otro y nunca podría ser ya suyo, puesto que en él dos manos menudas de mujer, renovaban incansables, día a día, la fragante tibieza de unas flores.